

EDITORIAL

Otro tiempo litúrgico cargado de relevantes acontecimientos dentro de la vida de la Iglesia, lo hemos estado recordando y hemos sido, las familias, sus más importantes protagonistas en estos tiempos. Llenos de Espíritu Santo, hemos vivido una Cuaresma cargada de reflexiones y oraciones que nos han renovado, y también hemos celebrado el momento cumbre en la historia de la humanidad: la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Vivimos en familia la institución de la Eucaristía en la Última Cena; hemos recordado con inmenso dolor la traición de Judas Iscariote y el sufrimiento de Jesús en la Cruz, acompañado por unos y burlado por otros. El mejor de todos los momentos: la tumba vacía, que nos decía, que nos reafirmaba el hecho de la Resurrección del Salvador de la humanidad. Este ha sido el momento más grande que haya podido vivir el hombre de todas las épocas.

No podemos obviar la presencia de alguien, que es considerada muy especial en todo este acontecer, irreplicable en la historia de nuestras vidas: la Madre de Dios y desde ese momento nuestra madre, María, la Virgen. Supo sufrir al pie de la cruz y ser espectadora de la muerte de su hijo. Un momento muy doloroso, en que demostró el amor, la entrega, la fortaleza y hasta dónde es capaz de padecer una madre por un hijo. Entregar amor, cuidar, educar y ofrecer su tranquilidad y empeño, fue algo que siempre estuvo presente en su vida. Sencilla, modesta y cariñosa aceptó la solicitud de Dios para ser la madre de Jesús, y con esa misma fe aceptó su muerte.

Es el mes de mayo, el mes en que toda la humanidad celebra el Día de las Madres; es el mes dedicado a la Virgen María y, en muchos lugares, es el mes de las flores. Bien caracterizado está. Lo más importante, dedicado a la Virgen, ejemplo de madre.

¿Cuántas veces hemos pronunciado la frase: ¡Felicidades, Mamá!?

En múltiples ocasiones pensamos en nuestras madres y hemos reflexionado sobre el cariño que profesamos a esas vigilantes que nos cuidan el sueño cuando pequeños, y aún ya mayorcitos, también lo han hecho. Son todo amor, y ¿por qué no?, muchas tratan de ser como María, son todo perdón y ternura. A pesar de las adversidades, con las que las madres se enfrentan diariamente, se tornan gentiles, laboriosas y contentas al poder mimarnos de igual modo que lo hicieron en nuestros primeros años de vida.

El Día de las Madres es celebrado en distintos lugares y en distintas fechas, pero donde quiera que sea, ese día se pretende ofrecer un homenaje especial a quien, desde el mismo momento de la concepción del hijo deseado, ya ama y sufre, ya piensa y sueña con un futuro hermoso lleno, por encima de todas las cosas, del amor que requiere un don tan lindo como es el de la maternidad. Pero, si nos detenemos sólo por un instante a reflexionar con intensidad lo que significa ser madre, los 365 días del año deben ser Días de las Madres. Al igual que a María, a quien recordamos diariamente durante nuestros momentos de oración, deben ser recordadas nuestras madres, quienes son las criaturas más significativas de nuestras vidas.

¿Cuánta preocupación y desvelo hemos dado a nuestras madres en nuestros años de vida? Y siempre hemos obtenido su comprensión, su consejo, su ayuda. Siempre están a nuestro lado. Su apoyo incondicional y matizado de paciencia y deseos de ayudarnos, nos hacía más segura la vida. Recuerdo con qué tesón me cuidaba de pequeño. No puedo olvidar cómo me bendecía, ya de mayor cuando la visitaba, y me despedía de ella. Pedía al Señor me protegiera y me daba un beso, que lo imagino muy similar al que María le daba a Jesús, porque el beso de todas las madres es un beso de amor. Por eso hoy, mañana y todos los días les decimos:

¡Felicidades, Mamá!